

Vicente Muñoz Puelles

La ciudad de las estatuas

Ilustraciones
de Raquel Lagartos



Un perro y una gata se hacen amigos y pasan el tiempo relatándose sus memorias. Algo bastante extraordinario porque el perro es una estatua que toma vida por las noches, aunque no puede escapar de su pedestal. La gata, que fue abandonada siendo muy pequeña, ha hecho de la ciudad su casa, y pasa las noches visitando a otras estatuas y descubriendo sus asombrosas historias.

Índice de contenido

La inauguración

La gata sin nombre

Romeo

El dinosaurio

Estatuas junto al mar

Cuentos de Andersen

La estatua de Flora

La lectora inmóvil

El gigante dormido

La ciudad de las estatuas

Sobre los autores

*Para Elena Negueroles,
que hizo la estatua perfecta.*

*Para mi tribu:
Olga, Laura, Ricardo y Adam.*

BERGANZA: Cipión, hermano, te oigo hablar y sé que te hablo, y no puedo creerlo, pues me parece que el hecho de que nosotros hablemos sobrepasa lo normal en la naturaleza.

El coloquio de los perros,
MIGUEL DE CERVANTES

LA INAUGURACIÓN

Era sábado. En la plaza lucía un sol espléndido y sonaba la alegre música de unos violines.

La gente se reunía en pequeños grupos que cambiaban de forma, como si bailaran.

Un niño de pelo revuelto giró varias veces sobre sí mismo, muy aprisa, y se detuvo cuando empezó a sentirse mareado.

–No veo la estatua de ningún perro –dijo.

–Espera un poco –le pidió su padre–. Seguro que está ahí debajo.

Señaló un bulto misterioso, cubierto por una gran tela azul y atado con un lazo rojo, que se levantaba en medio de la plaza.

–¿Y por qué la esconden? –preguntó el niño.

Acababa de cumplir nueve años, pero ya le parecían muchísimos, y le apremiaba el deseo de saberlo todo.

El padre tardó en contestar.

–Para que sea una sorpresa –dijo al fin.

«¡Qué raros son los mayores!», pensó el niño. «Esconden las cosas y luego fingen que las encuentran».

Una mujer rubia y pálida, de anchos pómulos y ojos casi transparentes, iba de un grupo a otro, sonriendo y repartiendo besos. También ella se movía como si bailara.

–Es la escultora –le explicó el padre a su hijo.

La mujer se les acercó.

–¿Te gustan los animales? –le preguntó al niño.

–Pues claro –contestó él–. ¿A quién no?

–Entonces te gustará la estatua –dijo ella, y se alejó enseguida, antes de que el niño le preguntara por el perro.

Llegaron el alcalde y otras autoridades, y se colocaron en fila, al lado del bulto. La música y las conversaciones cesaron al mismo tiempo.

El alcalde y la escultora se acercaron al bulto, y cada uno tiró de un extremo del lazo rojo.

Cuando el lazo se deshizo, la tela azul cayó al suelo y quedó al descubierto la figura de un perro grande y blanquecino, de mirada triste y orejas largas, tendido sobre un pedestal de poco más de un metro de altura.

Tenía la cabeza ligeramente erguida, como si estuviera incorporándose, y un aspecto tan real que costaba creer que fuese una estatua.

Pero lo era. En el pedestal, una inscripción decía:

DEDICAMOS ESTE MONUMENTO
A LOS ANIMALES ABANDONADOS
Y A LAS PERSONAS QUE LOS CUIDAN

El público aplaudió con ganas. Unos niños muy serios, que parecían estar representando una obra de teatro, dejaron ramilletes de violetas entre las patas del perro.

Con paso decidido, la escultora se acercó a un micrófono.

–Veo muchas caras conocidas –dijo, y su cálida voz inundó la plaza–. Hoy nos hemos reunido para recordar a Romeo, un perro abandonado, que durante años fue mi mejor amigo y compañero. Algunos de vosotros llegasteis a conocerlo, y sabéis lo compenetrados que estábamos. Al final, como siempre sucede, tuvimos que separarnos. Pero ahora su estatua está ahí, donde podéis verla y tocarla. Es lo más parecido a mi Romeo –aquí la voz se le quebró un poco– que he sabido hacer.

–¿Quiere decir que el perro se murió? –preguntó el niño, que no estaba seguro de entenderlo bien.

–Sí, eso es –contestó el padre.

–Me gustaría –acabó la escultora– que este lugar se convirtiese en un punto de encuentro para todas aquellas personas que, como vosotros y como yo, luchamos para solucionar el problema de los animales abandonados.

Retrocedió unos pasos, mientras la gente aplaudía de nuevo.

El rostro del alcalde tenía la gravedad de una máscara, pero sonrió ampliamente antes de empezar a hablar.

–Gracias a todos por haber venido –dijo, mirando a un lado y otro–. Gracias también a ti –se volvió hacia la escultora–, por haber creado esta obra y por habérmola regalado. Ojalá que la estatua de Romeo sirva para remover nuestras conciencias y para recordarnos que un buen ciudadano siempre cuida y protege a los animales. –Hubo más aplausos.

La escultora y el alcalde se apartaron un poco, para que los entrevistaran los periodistas, y el público rodeó el monumento para contemplarlo de cerca y hacerse selfis con él. Alguien había descubierto que el perro llevaba su nombre inscrito en la cola, y todos querían comprobarlo.

–¡Ahí está! ¿Lo veis? –se preguntaban unos a otros.

Una mujer se dirigió al hombre que la acompañaba.

–¡Pobre animal! –exclamó, apoyando en el lomo de Romeo una mano cargada de anillos–. ¡Tiene una mirada tan triste que me entran ganas de llorar! Pero el pedestal es demasiado grande. Es como si al lado del perro faltara algo, ¿no crees? Como si hubiera sitio para alguien más.

–Quizá han dejado tanto espacio libre para que quepan los ramos de flores –comentó el hombre, señalando las violetas con su bastón.

Mientras, el alcalde anunciaba las medidas que el ayuntamiento iba a tomar para proteger a los animales callejeros.

–En primer lugar –decía–, habría que educar a sus dueños. Cuesta creer que, en nuestros tiempos, haya to-

davía quienes maltratan a los animales o los abandonan cuando se cansan de ellos. En segundo lugar...

Cerca de allí, una periodista preguntaba de qué material estaba hecha la estatua.

–Es de bronce –contestó la escultora–, pero lleva una pátina que imita la piedra natural. Por eso tiene ese tono blanquizco.

Un crítico de arte, que vestía una chaqueta de grandes cuadros, dio varias vueltas en torno al pedestal, para mirar la estatua desde diferentes ángulos.

–Tiene un aire moderno –opinó al fin–. Pero también es muy realista, y la técnica es admirable –añadió, deseoso de quedar bien con todos.

El padre y el niño esperaron a que la escultora terminara de hablar con los periodistas, y se hicieron fotos con ella y con la estatua.

–Me gustaría tener un perro así –suspiró el niño–. Quiero decir uno vivo, claro. Pero que fuera así de grande.

–Recuerda que vivimos en un piso pequeño –comentó el padre.

Ya era la hora de comer. Poco a poco, todos se despidieron.

La escultora besó la frente de Romeo, le acarició el lomo y se fue. El padre y el niño también se alejaron. Los músicos fueron los últimos en retirarse.

La plaza volvió a animarse más tarde. Estaba en la zona comercial de la ciudad, y la gente solía pasear por las calles próximas y mirar los escaparates de las tiendas.

Algunos se acercaban a la estatua y se preguntaban cuánto tiempo llevaba allí. Otros se detenían para tocar al perro y leer la inscripción del pedestal.

Al llegar la noche y encenderse las luces, cambió el tiempo. Empezó a soplar un viento ligero y se puso a llover. Los paseantes se apresuraron a regresar a sus casas, y las calles se quedaron vacías.

Hacia la una de la madrugada, una gata blanca apareció en la plaza. Aunque continuaba lloviendo, llevaba la cola muy erguida y caminaba sin prisa, como si todos los lugares le dieran lo mismo. Descubrió a Romeo y se le acercó con cierta prevención, pero pronto comprendió que era inofensivo.

«Ahí hay un hueco que servirá para guarecerme de la lluvia», pensó.

Subió al pedestal de un salto. Apartó las violetas, que le estorbaban, y se acomodó entre las patas del perro, cuya cabeza protectora le servía de paraguas. Recogió la cola, que terminaba con una mancha negra en la punta.

«¡Qué extraño!», se dijo, y se arrimó un poco a la estatua. «Noto algo de calor. Es como si tuviese vida».

Cuando comprobó que ninguna gota de lluvia caía sobre ella, se quedó dormida.

LA GATA SIN NOMBRE

Por la mañana, una risa la despertó.

Era la escultora, que echaba de menos a Romeo. Había ido a la plaza para ver cómo le había sentado la lluvia y se había encontrado con la gata blanca, acurrucada junto al perro.

—¡Pero si sois exactamente del mismo color! —exclamó, divertida, y le acarició la cola—. Solo que tú tienes aquí una mancha negra.

La gata se dejó mimar y ronroneó. Desconfiaba de las personas, pero también sabía cuándo le convenía acercarse a ellas.

Pensó que la mujer tenía una voz agradable y que olía muy bien.

—¡Vaya, qué zalamera eres! —dijo la escultora—. ¡Y qué ojos azules tan bonitos! Te llevaría conmigo, pero aquí parece estar muy a gusto. Además, Romeo está demasiado solo y tú le haces compañía.

Se fue, y al cabo de un rato volvió con dos pastelillos de crema.

—No he encontrado otra cosa —se disculpó—. Espero que te guste la crema. Como es domingo, solo las pastelerías están abiertas.

Por suerte, la gata era muy golosa. Lamió un pastelillo con cuidado, y luego, con los ojos cerrados de placer, se zampó los dos.

—¡Sí qué tenías hambre! —exclamó la escultora—. Mañana te traeré pienso para gatos.

Antes de irse, retiró las violetas estropeadas, besó a Romeo y volvió a acariciar a la gata.

—¡Hacéis una buena pareja, mi estatua y tú! —dijo.





Con la panza llena, la gata se durmió de nuevo. Llevaba muchos días callejeando, y estaba contenta de haber encontrado aquel refugio confortable y tibio.

Dormía tan profundamente que ni siquiera notaba la proximidad de los curiosos, que a ratos les hacían fotos.

Cuando despertó de su sueño de pastelillos de crema, ya era otra vez de noche. Los faroles de la plaza se habían encendido, y los transeúntes escaseaban.

Se estiró y probó a arañar las patas de la estatua, para afilarse las uñas. De inmediato se oyó un quejido:

–¡Aaagr, aaagr!

La gata miró hacia arriba y vio una expresión de dolor en la cara del perro.

–¡Menuda sorpresa! –exclamó, en el lenguaje callejero que utilizan tanto los perros como los gatos–. Creía que eras realmente una estatua. No lo eres, ¿verdad? Si lo fueras, mis arañazos no te habrían dolido.

–Pues lo han hecho, y mucho –gruñó el perro–. La próxima vez que te afiles las uñas, ten más cuidado. Y ahora aparta un poco, ¿quieres?

Cuando la gata se hizo a un lado, Romeo se irguió unos centímetros. Hizo varios intentos para separar las patas del pedestal, pero solo consiguió que se doblaran ligeramente, primero en una dirección y luego en otra.

Al final, cansado, se acostó de nuevo.

–Sé que antes fui un perro de verdad –dijo, añorante–, pero está claro que ahora solo soy una estatua.

–¿Te gusta eso?

–¿Ser una estatua? –El perro hablaba sin mover apenas la boca–. Supongo que es mejor que no ser nada, pero aún no he tenido tiempo de acostumbrarme. Acabas de despertarme, ¿no te acuerdas?

–Tienes razón, Romeo –concedió la gata–. Lo siento mucho.

–¿Cómo sabes mi nombre?

–Tu ama te ha llamado así. Además, llevas el nombre escrito en la cola.

Romeo sintió una intensa emoción.

–¿Mi ama? ¿Ha estado aquí? –preguntó–. ¡Cómo me hubiera gustado verla!

–Estabas dormido, y seguramente es mejor así.

El perro se alarmó.

–¿Por qué lo dices?

–Imagina que descubre que, aunque eres una estatua, conservas tus sentimientos y todo eso. Porque los conservas, ¿verdad?

–¡Pues claro! –contestó el perro, indignado.

–Intentaría sacarte de ese estado –continuó la gata–, y no lo conseguiría. Ya viste que no puedes separarte del pedestal. Pensaría que sufres y que no eres libre, y se pondría muy triste. A fin de cuentas, si lo he entendido bien, ella te puso aquí.

Romeo suspiró.

–Quizá tengas razón.

–La tengo, seguro –dijo la gata.

–Dijiste algo de mi cola que no recuerdo.

–Tu nombre. Llevas el nombre escrito en la cola.

–¿No estarás tomándome el pelo? –le preguntó Romeo.

–Compruébalo tú mismo.

El perro se aseguró de que nadie miraba. Con un gran esfuerzo consiguió girar la cabeza un poco, lo suficiente para comprobarlo.

–Es verdad –dijo–. Seguramente lo escribió mi ama, porque es su letra. Y tú, ¿cómo te llamas?

–No tengo nombre, y no lo necesito. Voy sola a todas partes y nadie me llama.

De pronto, se dejó caer al suelo.

–¡Espera, espera! –le pidió Romeo–. ¿Dónde vas?

–Voy por ahí, a callejear y a buscar comida –contestó la gata–. Tu ama me dio dos pastelillos de crema mientras dormías, pero eso fue esta mañana y vuelvo a tener hambre.

Romeo suspiró de nuevo.

–Al menos cuéntame tu historia.

–¿Qué historia?

–Tu vida. Ahora recuerdo que mi ama me contaba muchas historias. No siempre las entendía, pero me encantaba escucharlas. Por favor –añadió, y su mirada se humedeció y se hizo aún más triste.

